

Teología de la liberación: mirando hacia el frente

**Hugo Assmann,
Sao Paulo, Brasil.**

Sentido de estas notas

Mirar hacia el frente. Hacia el suelo de cada uno de nuestros pasos. Es lo sugerido para este momento. No veo atajos fáciles, sino veredas escarpadas. Tortuosidades. Además, ya no es hora de líneas rectas y puntos fijos. Al menos para quien no se adhiere sumiso al exceso de certezas que se elevan por el mundo. Para consuelo y desafío, es en la crisis de los paradigmas de las ciencias puras que reaparece lo imprevisible. Estructuras disipativas, estados lejos del equilibrio... Ni la materia, y mucho menos la vida, se rige solamente por el orden y por el equilibrio. El principio de la incertidumbre hace parte de lo real, y no sólo de su percepción. El tercero excluido pide paso. En la médula de las ciencias (en el plano histórico, nosotros somos el tercero excluido. Estamos más para estructuras disipativas, ¿no es cierto?).

Sabemos cuánto contrastan con esto las petulancias de los poderes, en la economía y en la política. El orden, lo ya implantado, lo ya sabido, reclaman validez exclusiva. ¿Y qué sucede en las iglesias y en la teología? Como ya se ha diagnosticado: se ensaya la vuelta a la gran disciplina. Sospecho que la estrategia obedece al propósito de garantizar el impacto de una voz unísona. Una vez más, como ya tantas veces, un proyecto de misión comandado por el miedo.

Más que nunca, la teología de la liberación debe mantener e intensificar su disposición de constante *metanoia*. Aprender de las experiencias de fe y del

* Este artículo ha sido publicado en el número de septiembre-octubre 1994, de la revista *Pasos*, DEI, San José.

potencial evangelizador de los pobres, fue su lema desde el inicio. Si alguna vez lo infringió, cayendo en certezas petulantés, tal vez impulsada y aterrada por crueles urgencias, es hora de retomar el aprender a aprender.

En medio de un mundo lleno de dogmatismos y buenas nuevas falaces, es importante acariciar incertidumbres. Una actitud, un espíritu y —¿por qué no?— una espiritualidad de incertidumbres fecundas. No en el sentido, es claro, de desorientación y desarraigo. Sino de preservación del horizonte utópico que se pretende liquidar; en el de apertura a la alternativa, a la esperanza, a la sorpresa, a lo imprevisible, a las irrupciones de la gracia en la historia.

¿Cuál es el motivo para insistir en este aspecto? Porque es de la estructura abierta de la fe, entendida como escucha del clamor de los excluidos —de Jesús de Nazaret—excluido y de los pobres—excluidos—, que se nutre la actitud de apertura a lo nuevo y a lo no previsto. Vivimos, hoy, en medio de un ingente proceso de silenciamiento de la realidad clamorosa y de los clamores sofocados de víctimas innumerables. Sordera, insensibilidad, bloqueos de la solidaridad, es lo que predomina. Sin conversión no hay escucha del clamor, no hay fe. De ahí la importancia de un elemento fundante en la teología de la liberación: ella quiere ser aprendizaje de la escucha del silenciado, de la escucha del clamor. Su validación está ligada a la fe y a la espiritualidad. Es imposible practicarla con simples juegos de lenguaje académico.

Los poderes que oprimen necesitan de certezas. Sobre todo, de la certeza de estar haciendo el bien. De la certeza de ser portadores de buenas nuevas, de un evangelio. Su convicción de poseerlo —esto es, el hecho de los opresores de sentirse benefactores— es el punto que las llamadas izquierdas han entendido bien poco.

En la medida en que fueron aprendidas en la escucha del clamor de las víctimas, nuestras certezas son de otra índole. Por ello, no están en conflicto con la persistencia en la apertura, en la búsqueda. Además de diferentes, por la fuente y por el contenido, ellas se oponen a las certezas falsas de los falsos evangelios.

¿Cuáles son nuestras certezas? En síntesis, la evidencia del hambre, de la miseria, de la exclusión de incontables seres humanos de las lógicas imperantes. ¿Tenemos certeza o no de que tiene sentido ponernos de su lado? Tiene sentido, porque es el propio sentido de la fe. Tiene sentido también para nuestra salud y satisfacción. Y para la salud del planeta.

Me he demorado en este preámbulo porque lo quiero tener como telón de fondo para hablar de los desafíos que tenemos por delante. Aludiré apenas a algunos de esos desafíos.

Comenzaré con el que llamo el secuestro del Evangelio por la *oikouméné* del

mercado. ¿Existen implicaciones nuevas para los pobres? ¿Hay desplazamientos en el compromiso de los cristianos y de las iglesias? De ahí se deriva, de inmediato, la necesidad de un inventario de reposicionamientos, teóricos y prácticos, necesarios en la teología de la liberación. Mayormente en lo que se refiere a las concepciones antropológico-políticas. En tercer lugar, y como mera ejemplificación, un rápido vistazo a un tema teológico que, como dice el Papa en su última encíclica social, tiene "gran valor hermenéutico": el pecado original. El propósito es lanzar hipótesis. Si estamos inmersos en un ingente proceso de idolatría y sacrificialismo, ¿de qué modo esto afecta profundamente a éste y a otros temas teológicos? En la conclusión, un simple centello sobre la ampliación de los horizontes de nuestra espiritualidad.

1. Primera parte

1.1. Coyuntura I: la catolicidad del mercado

Con la bienvenida debacle del "socialismo real", una onda de triunfalismo capitalista avasalla el mundo. Creo que se equivocan los que refieren ese grito de victoria únicamente a determinadas virtudes innegables de la economía de mercado. Del modo como funciona, la economía de mercado no es separable de los otros dos aspectos estructurales del capitalismo: las estructuras políticas y la cultura capitalista. Las estructuras políticas conforman un modelo bien determinado de democracia (cuyo contenido económico y social es, básicamente, entregado a las leyes del mercado). Y la cultura capitalista apunta a reproducir los valores exigidos por la economía y por la política.

Es ese conjunto el que se pregona ahora como imperioso y evangélico. Una buena nueva avasalladora. Se ha transformado en la religión mayor y principal, que subordina y sobredetermina a las religiones menores. En confrontación con ese evangelio universal —*kathólon*—, todas las demás religiones, incluido el cristianismo, han sido rebajadas a religiones particulares. Cabe preguntar en qué medida eso afecta su médula humanista.

La *oikouméné* que pretende ahora usurpar la tarea de la humanización básica del planeta es la del capitalismo, por medio del mercado. Las promesas de vida aparecen vinculadas a los desdoblamientos de esa catolicidad. "El capital es el dador de vida". Los otros evangelios son apenas particulares, con la misión de complementar.

Dicho así, parece chocante en extremo y suena un tanto absurdo. No, sin embargo, para quien ha meditado sobre la ideología neoliberal, que incluye en su revelación planetaria del mercado prácticamente todos los aspectos de la vida. Se admiten, y hasta se propician, pluralismos y una cierta libertad ética y religiosa. Pero solamente en los aspectos que no afectan el evangelio esencial

del sistema. Se exige adhesión incondicional a lo que se considera principios orientadores definitivos. Ellos no se quedan en el aire. Se concretizan en institucionalidades y mecanismos utopizados.

¿Percibimos la novedad? Lo nuevo, en la actual coyuntura mundial, es que el capitalismo llegó a una etapa en la cual se presenta como un todo integrado: mercado, democracia liberal y cultura capitalista. Es en su carácter de todo integrado que se propone al mundo como solución global. Ya no admite sistemas alternativos y no está dispuesto a hacer concesiones.

Si fuésemos a detallar aquellos ingredientes de esa coyuntura donde son más evidentes las falacias religiosas de esa religión económica, tendríamos que abordar tópicos como los siguientes:

- la intensa mesianización del mercado en el discurso neoliberal;
- la inculcación de una mística del mercado;
- la cultura capitalista como totalidad;
- la interpretación unidireccional del fracaso del “socialismo real”;
- el discurso sobre el “fin de la historia”;
- la visión peculiar de la auto-regulación del mercado (superior a las potencialidades auto-reguladoras verificables en los organismos vivos o en los ecosistemas);
- y, sobre todo, el carácter de buena nueva (evangelio) atribuida al mercado.

En otros escritos me detuve en cuatro puntos en los cuales el paradigma del interés propio, desplegado en el sistema de mercado, invirtió y retradió elementos esenciales del cristianismo:

- Una propuesta de realización del bien común, en la cual se dispensan intencionalidades conscientes, sustituidas por mecanismos ciegos. O sea, un amor al prójimo sin necesidad de conversión.
- La presentación de ese paradigma como feliz “descubrimiento”. O sea, el secuestro del evangelio por el mercado mesianizado.
- Una profunda transformación de la imagen de Dios. O sea, la creación de un ídolo (idolatría del mercado).
- Un sacrificialismo inexorable en el cual todos los sacrificios son “necesarios” y donde desaparece cualquier dignificación de las víctimas. O sea, un sacrificialismo de nuevo tipo, difícilmente transformable en relato persecutorio, ya que es un proceso victimario naturalizado y silencioso.

1.2. Coyuntura II: la mayoría de la humanidad pasa a jugar el rol de inaprovechable

Apenas ahora nos damos cuenta de esto. El foso entre los países ricos y los países pobres (con réplicas análogas dentro de nuestros países) fue creando una situación inédita: la mayoría de los pobres aparece como perfectamente inútil e inaprovechable en cuanto factor productivo. Prestemos atención a las proporciones del fenómeno.

No hay duda. Los países ricos todavía necesitan de los *países* pobres (como exportadores de capitales, materias primas y como suministradores de mano de obra barata). Sin embargo, ya no precisan de la mayoría de *su población*. El viejo tema del "ejército industrial de reserva" ya no basta para abordar esa cuestión. Se suponía en él, un acceso potencial al mercado de trabajo. Se preveía, por tanto, una explotación tipificable como manipulación de la rotatividad de empleos escasos. Hoy, la falsa conciencia se ha hecho más profunda. Es sintomática la pregunta de un empresario: ¿cómo puedo estar explotando a los que ni siquiera me interesa emplear?

La *Centesimus annus* (No. 33) registra el problema agudo de las multitudes de "inaprovechables". Pero, ¿escapa a la ambigüedad al afirmar "ellos, si no son propiamente explotados, se ven ampliamente marginados, y el progreso económico se desenvuelve, por así decir, por encima de sus cabezas"? Fijemos la imagen. ¿Qué nombre daríamos a aquellos cuyas cabezas son aplastadas por semejante rollo compresor?

Quede en mera evocación lo que todos conocemos de sobra: las características inexorables de los planes de "ajuste estructural". Su costo social, en vidas humanas sacrificadas, es espantoso.

1.3. Coyuntura III: ¿ocurren "ajustes" de las iglesias y de los cristianos?

Trabajar con la hipótesis de que, debido a la nueva coyuntura mundial, están ocurriendo nuevas tomas de posición de las iglesias y de los cristianos, no tiene nada de ofensivo. Es simple buen sentido. Aun cuando no hubo, anteriormente, ninguna propensión pronunciada en dirección al "socialismo real". Felizmente. Hubo, esto sí, diálogo y diversas modalidades de convivencia.

La mayoría de los cristianos se siente perfectamente "en casa" en el capitalismo, así como él es. Participan, además, y sin mayores cuestionamientos, de todo el funcionamiento del sistema, sin exceptuar lo que el Papa ha calificado de "estructura perversa". Lo que suena anormal, para la mayoría de los cristianos, es la crítica frontal al capitalismo en cualesquiera de sus aspectos estructurales.

La acusación de materialismo, utilizada a veces en contra de aspectos del

capitalismo —y que retoma aliento ahora—, nunca tuvo un impacto comparable al de la persistente acusación de ateísmo contra el socialismo. Por eso, difícilmente alguien se habrá preguntado si las iglesias, del lado de allá, tenían mayor o menor influencia crítica sobre las estructuras de sus países, en comparación con la escasa incidencia transformadora que las iglesias, del lado de acá, tienen en las estructuras de estos países. Por lo visto, las de allá la tenían. No faltan, ahora, los que les asignan méritos en la debacle.

Años atrás, un ardoroso ideólogo del "capitalismo democrático" sentenciaba: en el plano de las instituciones, el matrimonio entre el capitalismo y la mayoría de los cristianos es, tranquilamente, *consummatum*, aunque no esté todavía totalmente *ratum* en el cielo de los principios, en lo que respecta a los documentos eclesiásticos oficiales. Como se nota, él veía la secuencia jocosamente invertida. Y agregaba que, en parte por esa ausencia de ratificación, algunas parcelas del cristianismo seguían aún un tanto inhibidas en cuanto a la *consummatio*. Intento traducir: podían, pues, continuar aconteciendo cosas como la teología de la liberación y similares.

Volvamos a la pregunta: ¿están aconteciendo actualmente nuevos "ajustes"? Comprobarlo implica entender de filigranas. Como es sabido, en los lenguajes religiosos (y otros) los adjetivos operan maravillosas transformaciones de los sustantivos. Me limito a algunas insinuaciones de cuño hermenéutico.

Imagino que cualquier análisis de eventuales cambios de posición debe partir de lo que es, hoy, la efectiva novedad: en términos de modelos globales ya no existen propiamente alternativas conflictivas, si nos atenemos a lo que tiene consistencia en la realidad. El capitalismo la tiene. El "socialismo real", deslegitimado, dejó de tenerla. La tercera vía, sea lo que signifique, tampoco la tiene. Y parece que todavía no se vertebran modelos alternativos de socialismo. Este es el cuadro en el plano de lo real.

De manera que no existe confrontación entre modelos reales en pie de igualdad. Las críticas a lo real, y hasta las confrontaciones serias, continúan siendo perfectamente posibles. Sin embargo, condicionadas por aquello que realmente existe. Lo que existe, opera desde el plano de su consistente realidad. Las críticas se pueden referir a ella, pero operan, casi exclusivamente, desde otro plano: el de los criterios y principios. Aunque se podrían agregar otras *distinciones*, la clave indicada tiene gran importancia hermenéutica.

El mercado y la planificación dejaron de ser modelos contrapuestos, ya que la planificación omnímoda —a la cual tampoco faltaban indicios religiosos— entró en colapso. El mercado irrestricto, si bien inexistente en la práctica, se mantiene como propuesta ideológica, sin una contrapropuesta de igual peso. Lo que existe, de hecho, es un predominio soberano del mercado, acompañado por una exacerbación de la mística del mercado total. Este predominio, no obstante,

sufre varias interferencias ajenas a su dinámica intrínseca. Interferencias, sustentadoras unas, limitantes otras. De cualquier modo, lo básico es el predominio del mercado. De esto no escapan siquiera las así llamadas economías "sociales" de mercado. Cabría meditar aquí sobre el viejo lema social-demócrata: tanto mercado cuanto sea posible y tanta planificación cuanto sea necesaria (para asegurar metas sociales). Siempre se constató —y el Papa vuelve a enfatizarlo, aunque los neoliberales se nieguen a reconocerlo— que el mercado no cumple prioridades sociales.

Hoy, las discrepancias no se plantean entre plan y mercado totalizados. Se plantean entre mercado irrestricto, por un lado, y mercado con planificación de metas sociales, por el otro. La cuestión espinosa está en circunstanciar y definir los límites a ser impuestos al mercado, y en caracterizar las instancias planificadoras de las convenientes interferencias. Porque, no se olvide, estamos inmersos en el predominio del mercado.

Los actuales gobiernos de la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños han caído en las redes de la retórica neoliberal. Ella propala que, en nuestros países, el mercado todavía no ha consolidado suficientemente su predominio. La introducción definitiva de ese predominio lleva el nombre clamoroso de "modernización".

De estas circunstancias se deriva la frecuente yuxtaposición de discursos conflictivos: vamos a instaurar el predominio del mercado en la economía, pero no permitiremos que el mercado postergue las urgencias sociales. El mercado siempre las posterga. ¿Quién no percibe que los dos tipos de discursos se mueven en planos diferentes? La confesión de fe en el mercado posee un referencial concreto, algo que existe. Las promesas sociales tienen, como referencial, únicamente los principios etéreos que invocan.

A la luz de lo que precede, surge una clave hermenéutica que nos permite distinguir niveles y referenciales diferentes en los documentos sociales de las iglesias. Acerca de la economía de mercado, y del capitalismo como un todo, encontramos invariablemente los elementos de adhesión (más o menos firme) y los de crítica (más o menos contundentes). Esos elementos aparecen entremezclados, sin una nítida distinción de niveles y referenciales. Es, entonces, perfectamente viable armar listas de afirmaciones, tanto para la adhesión cuanto para la crítica. Tomadas por separado, sirven para reforzar posiciones incluso contrapuestas. Tomadas en conjunto, el impacto de unas u otras es probablemente muy diferente. Lo que se refiere a lo que realmente existe, acostumbra rendir mayores dividendos ideológicos. Lo que no significa que los principios y criterios abstractos no tengan utilidad alguna en las luchas concretas. La encíclica *Centesimus annus*, tan abundante en discernimientos críticos frente a la economía de mercado, se presta magníficamente para el sugerido ejercicio hermenéutico.

Dos observaciones más, antes de finalizar esta parte. La primera expresa una convicción personal. Pienso que la fuerte recuperación, en documentos oficiales de las iglesias, del principio de la destinación originaria de todos los bienes y frutos del trabajo humano al bien común de todos; la insistencia en la vinculación del principio de la solidaridad —no opcional, sino imperativo en eso para los cristianos— con la satisfacción de un conjunto más o menos definido de necesidades humanas y sus imprescindibles ingredientes materiales; y la enfatizada defensa de la dignidad humana, concretada en ese contexto, constituyen una bandera de lucha de gran impacto. Esto choca con el corazón de la lógica del mercado.

La segunda observación se refiere a la incipiente aparición de un nexo explícito entre la teología y la economía, en los documentos de las iglesias. Es cierto que aún prevalece la argumentación ética sobre la teológica. No obstante, la percepción de que los problemas económicos no tienen sólo implicaciones éticas, sino también directamente teológicas, está entrando, más y más, en los referidos documentos. Para mi sorpresa, la expresión "idólata del mercado" ya aparece en la *Centesimus annus*.

2. Segunda parte

En lo que sigue, abrevio las frases. Digo luego lo que mal sospecho. No me erijo en consejero. ¿Desánimos? No hacen parte de mi estilo. Aún aprendo de las luciérnagas. Estoy sorprendido con tanta luz.

2.1. Teología de la liberación I: fidelidad

Hay cosas de las que no desistiremos, aunque estemos siempre dispuestos a reiniciar el aprendizaje. Algunas de ellas:

—El origen de lo que osamos hablar está en los mil ingredientes de los gestos, en lo que llamamos praxis. Sólo allí se descubre que los horizontes tienen piel y que vale la pena acariciar esperanzas. Los libros, aunque ya escritos, solamente adquieren sabor en la vida.

—Sin fe y espiritualidad, la teología no tiene sentido. Y la fe consiste (consiste = se-mantiene-con) en la escucha del clamor. La gracia irrumpe desde los otros. "Potencial evangelizador de los pobres".

—No tenemos a Dios como objeto adquirido. "El verbo tener es la muerte de Dios" (Moacyr Félix). El nos busca insistentemente. Nosotros lo buscamos, cuando entendemos que El es aquél que escucha el clamor de las víctimas.

—Jesús fue aquel que dijo que el samaritano era "bueno". El samaritano, no el sacerdote. Imaginen la locura. No cabía en la lógica. Había que liquidarlo. Pero a Dios le gustó. Y rezó: Amén. Y nosotros también. Ni que nos sintamos perdidos por eso.

—Un punto crucial, en el que pocos nos entienden: afirmamos que la experiencia de la Trascendencia se saborea y balbucea dentro de la historia. Gustarían de encerrarla en cubículos o templos. No tenemos nada contra los templos cuando dan energía y alimentan. Palabra, vino y pan. Fraternidad e impulso. Después, esparcirse por donde acontece la vida. "La historia ya no podrá ser separada del lugar donde el hombre se encuentra con la Trascendencia" (J. L. Segundo). Este es el punto crucial.

—En cuanto al *logos* de la teología, por ser Dios el misterio inmerso en la historia, tiene que ser un *dialógos*. Palabra que brota no a través de la historia. Originada en mediaciones. Palabra-travesía. ¿Qué mediaciones? Las que sirvan para atravesar la historia. Que se construyan las palabras como se construyen las casas. Con materiales de la realidad. Y que sean habitables por seres vivos. No da para trabajar la teología únicamente dentro de ella misma. Quien lo intenta, fabrica túmulos. No importa que sean vistosos mausoleos.

—¿Por qué habríamos de renunciar a lo que más caracteriza a la teología de la liberación: su nexa fecundo con la vida? Existen teologías académicas que, de tan insensibles a lo que sucede en el mundo, merecen ser tildadas de cónicas. La razón lineal enmienda puntos fijos. Nuestra manera de pensar opera con multi-nexos. Des-centralización. Multidireccionalidad.

—¿Se pueden crear evangelios sin *páthos*? Vibrar dentro es vibrar con: empatía y simpatía. Organización de la esperanza.

—Y que no nos falte el humor. En la mies cristiana hay tonterías divertidas.

2.2. Teología de la liberación II: revisión

—Fue necesario resistir a los que pretendían reducir la teología de la liberación a una especie de regionalismo, a contextualidad circunstancial. Replicamos que en nuestra particularidad palpitaban cosas de resonancia más allá de las fronteras. Mirando hacia el futuro de la humanidad y del cristianismo, llegamos al sueño de que el tercer mundo evangelizase a las iglesias. Sin renunciar a este sueño, tenemos que reevaluar el espesor de los muros divisorios. ¿En qué se refleja, también en las iglesias, la acrecentada marginación del mundo de los dos tercios?

—No somos la voz predominante. Somos una voz, a lo sumo, tolerada. Con resonancia, es cierto. Y hasta con cierta penetración. Sin embargo, somos, en la mejor de las hipótesis, una voz entre otras voces. Si caímos alguna vez en la petulancia, ya es hora de volver a la humildad. Tenemos que negociar, palmo a palmo, nuestro pedacito de suelo, nuestra discreta vereda. En el mundo y en las iglesias de hoy, cualquier carta de ciudadanía está condicionada por los poderes y por el autoritarismo que prevalecen, y por los limitados espacios de participación. ¿Somos realmente democráticos? ¿Gustaríamos que el *demos* de la demo-

cracia significase el turno del pueblo sufrido? Radicalicemos, entonces, el ideal, pero no olvidemos cuán estrechos son los espacios democráticos. En las iglesias, son estrechísimos. Hallarlos, utilizarlos y buscar ampliarlos requiere perseverancia. Y cuidado con las energías disponibles, sin menosprecio de la salud.

—La teología de la liberación tuvo su inicio en un clima de agudas urgencias, aunque también de atizadas esperanzas. La crueldad de las urgencias continúa y, es hoy, más dura que nunca. ¿Se desgastó la esperanza? Pues, *que no caiga la fe, que no caiga la esperanza*. No obstante, que al revisar las ingenuidades no dejemos de rever los esquematismos en que ellas se inscribían. Este es un asunto para serias reflexiones, porque tiene que ver con mediaciones socioanalíticas, esquemas de lucha, vanguardismos impopulares, y hasta con dosis solapadas de populismo. Sería ingenuo no darnos cuenta de que algunos no supimos precavernos lo suficiente para evitar que se nos colasen *ismos* particularmente demonizados. No todas las mentiras tienen piernas cortas. Los altos poderes producen mentiras con piernas largas, que alcanzan lejos.

—La realidad es densa, y la dialéctica disponible tenía el vicio de encaminar por atajos, de la manera más adialéctica. Eso tanto en la teoría cuanto en la práctica. Creo que no dejamos de incurrir, a veces, en el pecado de los intelectuales cuando usurpan representatividades y, acantilados en su saber-mejor, ignoran las muchas hablas diferentes.

—La teología de la liberación nació de espacios sociales, donde la presencia de cristianos laicos, al lado de no cristianos, era un hecho evidente. Su sistematización cayó en manos de clérigos y adyacencias. Cosa hasta cierto punto inevitable, pero no por ello inocua. ¿Se contaminó o no, de un cierto ribete clerical? Un laico lanzó esta hipótesis: cuanto más perseguida, tanto más intraeclesial. Ante los embates más dolorosos, no faltó el diversionismo, el desvío hacia asuntos de menor valía, en confrontación con las opciones de fondo que más interesan a los oprimidos.

—La teología de la liberación nació bastante ecuménica. Los hermanos protestantes hicieron contribuciones significativas. La cobertura ecuménica fue utilizada en momentos cruciales. Organismos ecuménicos manifestaron una desprevenida generosidad en sus apoyos. A pesar de eso, por razones sociológicas, pero no solamente, prosperó una cierta petulancia "catolicon". Esto se comprobó en encuentros, colecciones de libros, etc. No se insinúa aquí el abandono de características confesionales. La realidad, a veces, las exige. Perdura, no obstante, la falta de preparación de los católicos para establecer fecundas alianzas ecuménicas en muchos planos. Yo insistiría también en los contenidos.

—Hubo pesadez, y hasta ceguera, en la captación de los desafíos de la discriminación de la mujer, del negro, del indio, de las variantes étnicas y culturales. Predominantemente blanca y masculina, ésta es una característica de la teología de la liberación, cuya superación la propia realidad de las iglesias dificulta

tremendamente. Si las iglesias discriminan, que la teología de la liberación produzca testimonios fuertes en sentido contrario, adelantándose en eso.

2.3. Teología de la liberación III: aprendizaje

Como fue anunciado, daré énfasis a los tópicos antropológico-políticos.

—El colapso del “socialismo real” dio ocasión para la manifestación de un profundo conflicto de las concepciones antropológicas. Creo que es el momento de aprender a discernir lo válido y lo peligrosamente ingenuo en lo que concierne a una serie de términos que son (o fueron) moneda corriente en las tendencias progresistas de América Latina y el Caribe. Ejemplos: conciencia, concientización, opción de clase, hombre nuevo, etc.

—Nuestra percepción, que considero acertada, es la de que lo esencial de la violencia y de la injusticia que recae sobre los pobres, deriva de las “estructuras perversas”. Paulatinamente, es el cumplimiento de la lógica opresora (de la ley), y no su infracción, lo que origina el pecado social. Es tan claro, para nosotros, este nexos causal entre el aspecto auto-regulador de las institucionalidades funestas y sus terribles consecuencias, que tal vez hayamos reflexionado poco sobre las auto-regulaciones imprescindibles en cualquier proceso vivo, tanto en el plano estrictamente biológico, cuanto en lo societal. Estuvimos, posiblemente, muy próximos del absurdo al imaginar que todo en la vida pudiese regirse, muy prontamente, por propósitos conscientes, en lo biológico y en lo social. Procesos conscientes ligados a procesos científicos. “El socialismo será científico, o no será”. *Engels dixit..* Imagino que, para muchos, el “hombre nuevo” era una especie de proyecto de la más plena conciencia, penetrada por una inmaculada generosidad. Hoy comenzamos a entender mejor los límites de la conciencia posible. Sin el amparo de mecanismos auto-reguladores, en el plano institucional y cultural, el ánimo de urgencia lleva a cobros crueles y a un pésimo uso de la energía humana socialmente disponible.

—En el Este europeo se escuchan ahora rotundas renunciaciones: “Nosotros quisimos crear el hombre nuevo, que ya no tuviese anhelos egofstas. Temo que eso no sea posible” (Vaclav Klaus, Checoslovaquia). Del lado de acá, no faltan los que sentencian: “El socialismo fracasó porque entra en conflicto con la complejidad de la condición humana” (Z. Brzezinski); “El capitalismo triunfa porque es coherente con la naturaleza humana” (M. Novak).

—Meditamos poco sobre aquella adopción de una determinada visión del ser humano, que está inscrita, desde el inicio, en el paradigma del interés propio desplegado en el sistema de mercado: la confianza total en mecanismos auto-reguladores ciegos y la dispensa de intenciones conscientes. El “socialismo real”, en el otro extremo, apostaba a la entrega absolutamente generosa de seres humanos asociables, en todo momento, a planes elaborados por la supuesta

omnisciencia de centralismos infalibles, que vanguardizarían y canalizarían el caudal consciente de todos.

—No es fácil escoger y respetar, en todo momento y en circunstancias cambiantes, una visión antropológica opuesta a esos dos extremos. Por un lado, oposición al automatismo ciegamente auto-regulador, que pretende descartar la intencionalidad consciente. Sabemos, por lo demás, que la lógica de los dispositivos auto-reguladores del mercado tiende a exclusiones, rechazos, extroyecciones. Por otro lado, oposición a los comandos centralizados, que se adjudican el derecho de cobrar disponibilidades, suponiendo ámbitos de conciencia desinteresada e infalibilidad en la conducción. Percibimos ahora, más claramente, que se trata de dos tipos de sacrificialismo que implican víctimas necesarias, y numerosas.

—¿Cómo conjugar el respeto a los intereses con la apuesta a la apertura al don de sí? En contextos comunitarios, casi consensuales, somos fácilmente llevados a extremar el generoso don de sí. ¿No lo prueban muchos de nuestros cantos y oraciones? Suponemos conversión, suponemos solidaridad casi sin bloqueos. En el plano societal de las sociedades complejas, cuanto mayor sea la injusticia institucionalizada, tanto mayores son los bloqueos de la capacidad solidaria. Por encima de esto, el embrutecimiento burgués; por debajo, el arrinconamiento por el hambre y el miedo, que engendra violencia, incluso entre los pobres, y propicia encapsulamientos en las urgencias inmediatas. Por esas y otras razones, los lenguajes comunitarios, cuando no se conjugan con la dura negociación conflictiva, entran en crisis y se revelan insuficientes en los movimientos populares, en el sindicato y en la lucha política. Esto ya fue entrevisto por muchos. Pero las incidencias de esto en la visión de la economía, forman un capítulo relativamente nuevo en la teología de la liberación.

—Los enunciados de principios generales acerca del ideal de una sociedad justa y fraterna deben ser sumergidos, en adelante, en mediaciones antropológico-políticas que detecten los niveles de conciencia posible, porque sin eso caemos en sacrificialismos. No es un buen síntoma maximizar, y universalizar hasta el tope, los cobros éticos en sociedades complejas. Peor sería dejar de creer totalmente en la capacidad solidaria del "existencial sobrenatural" (Karl Rahner) que nos mueve, por dentro, al don de nosotros mismos y nos hace fraternizables, en camino a ser fraternales.

—Lo que se ha dicho hasta aquí evoca, de inmediato, una serie de problemas conexos. Por ejemplo, la cuestión de las instancias planificadoras y ejecutoras de metas sociales prioritarias. Ellas surgen como necesidades si no desistimos de creer que los seres humanos son efectivamente fraternizables, al punto de poder llegar a consensos acerca de metas sociales prioritarias. Las instancias de que disponemos en este plano institucional (Estado, legislaturas, partidos, etc.), están lejos de servir para tales objetivos. Su no-transformación perpetúa los pretextos

de los que prometen la generación y el parto espontáneo de la justicia social por obra y gracia del automatismo del mercado.

—Otra cuestión gorda, que atañe directamente a la ambigüedad de ciertos lenguajes de la teología de la liberación, es la de la tensión dialéctica entre el horizonte utópico y las formas institucionales requeridas para hacer historia. Este es uno de los puntos más confusos en el ideario de las izquierdas latinoamericanas. ¡Cuántos cortocircuitos entre los erizados anhelos, tan incumplidos en el cruel ahora, y el salto a liberaciones perfectas en un mañana declarado posible, después de la primera colina o a la vuelta de la primera esquina! Para preservar el horizonte utópico —nunca totalmente realizable, pero siempre instigación necesaria—, y para vislumbrar el paso a paso de los caminos institucionales precarios, si bien posibles, necesitamos de una crítica de la razón utópica falaz: aquella que mata la dialéctica y utopiza instituciones presentes (llámense mecanismos auto-reguladores del mercado irrestricto o proyectos de planificación omnímoda). No hay construcción perfecta del reino en la historia, porque él es el horizonte que nos calienta la esperanza. El reino que ya está presente entre nosotros es apenas simiente, señal y fragmentaria anticipación, lo bastante para llevarnos, verdaderamente, a abrazar cuerpos, causas y proyectos. Interrumpo aquí mi inconcluso inventario de aprendizajes.

3. Tercera parte

La teología de la liberación requiere la liberación de la teología. Es en lo que sabiamente insistía Juan Luis Segundo hace más de veinte años. Postergada en muchos puntos, esta tarea se vuelve inevitable en la novedad de la actual coyuntura. Ya existe tierra ablandada en algunos canteros casi pronta para el plantío. Sin embargo, no faltan otros tantos endurecidos y resecos. Mi huerta es modesta y mis cultivos son pocos. Siento casi vergüenza de hacer sugerencias sobre otros terrenos, donde mi azada aún no mordió el suelo.

Mis modestos empeños, de unos años para acá, se concentran en el binomio economía y teología, y, por derivación, en cuestiones antropológicas (ya que entramos en la “década del cerebro”). Tengo, a veces, la impresión que el acceso directo a la liberación de la teología está trabado en algunos puntos. Hay temas que, cuando se agitan, sacuden altares y tronos. ¿Un ejemplo? Pensemos en lo que sería una soteriología no sacrificial. No sé si el desvío de la ruta a través de problemas que tienen una primera apariencia menos teológica, facilita la llegada. Presumo que así sea, incluso en algunos trayectos nada secundarios. Hoy, el diálogo con las ciencias puras, aparte de necesario, ayuda a resituar los temas teológicos.

Los ídolos crueles y su inexorable exigencia de sacrificios, idolatría y sacrificialismo —siento que esa problemática apunta hacia análisis apenas iniciados—. En lo que sigue me aventuro, temerariamente, con hipótesis acerca de

un tema correlacionado, a título de ejemplificación de lo que estoy insinuando.

3.1. El pecado original: versiones capitalista y “socialista”

El tema del pecado original es de enorme actualidad. Sea cual sea el énfasis o el elemento más subrayado en aquello a lo que se refiere el pecado original, estaremos confrontados con visiones muy diferentes del papel de sujetos históricos atribuible a los seres humanos. Juzgo de suma importancia que nos demos cuenta de que el capitalismo, así como el “socialismo”, contienen una interpretación peculiar del pecado original.

Como problemática genérica, el mito del pecado original es inherente a prácticamente todas las culturas. Es la expresión, en lenguaje mítico, de los descubrimientos que la humanidad fue haciendo acerca de la contingencia del ser humano en sí (en el plano ontológico), sobre todo acerca de los límites de la realización posible del amor recíproco entre los seres humanos asociados, en la medida en que este amor es necesariamente mediado por formas institucionales.

No debería sorprendernos que esta temática de la contingencia de los ideales efectivamente practicables resurgiese, de manera fuerte, con la aparición de las sociedades humanas complejas. El descubrimiento de la “sociedad” es, en este sentido, el hecho más importante de la era moderna. Y, consecuentemente, las diferentes polarizaciones en la interpretación de aquello que se expresa con el lenguaje acerca del pecado original, están fuertemente ligadas a las propuestas, diferenciadas y hasta contradictorias, sobre cómo encaminar las mejores soluciones para la construcción del bien común.

Antes del surgimiento del capitalismo y de los ideales de tipo socialista que se le contraponen, predominó, en la tradición cristiana de occidente, una versión bastante pesimista acerca de las limitaciones llamadas de pecado original, en el plano histórico-social. El occidente siempre inventó sujetos trascendentales sustitutos, supra o extra-históricos, a los cuales se atribuía una intervención beneficiosa en la historia para aminorar las consecuencias de la contingencia humana (del pecado original). Este pesimismo perdura desde san Agustín hasta el Concilio de Trento inclusive, aunque hubiese obvias variantes de énfasis.

Es en la modernidad que surgen, creo que por primera vez, dos versiones diferentes, y que tienen en común un cierto tono de buena nueva: ambas juzgan haber encontrado una salida para el problema. No obstante, fue por caminos muy diferentes que se llegó a la feliz noticia en los dos casos. Es bueno recordar que hubo casi dos siglos de elucubraciones acerca de “las pasiones y los intereses”, antes de que los economistas burgueses llegasen (principalmente Adam Smith) a una opción definida: las pasiones gobiernan a los hombres; las pasiones productivas (ambición, codicia, empeño interesado) encaminan al bien común; y, finalmente, el gran “hallazgo” —tantas veces llamado “descubrimien-

to"— de que el interés propio, en el entrecruce de las competitividades, es un gúfa seguro para el bien común.

El paradigma del interés propio, que surgió como solución feliz, contiene, paradójicamente, un claro reconocimiento del pecado original. Hay quienes sustentan que, en este aspecto, tanto la reforma como el Concilio de Trento crearon un clima propicio. Ese paradigma, no obstante, es al mismo tiempo una propuesta jubilosa sobre cómo no preocuparse demasiado con el asunto, por haberse hallado un entusiasmante atajo para sacar el mejor provecho del pecado original. Por primera vez, me parece, el pecado original, aunque preservando su lado sombrío, adquiere un lado brillante y benéfico. Por increíble que parezca, este lado positivo es sustancialmente la misma cosa que el lado sombrío. Esa maravillosa solución sólo es comprensible si centramos nuestra atención en la nueva e ingeniosa forma de crear un sujeto trascendental, que hace aquello que las rectas intenciones subjetivas jamás consiguieron hacer: los mecanismos auto-reguladores del mercado, mucho más importantes que los sujetos humanos conscientes.

Los ideales socialistas históricos construirían el optimismo por un camino bien diverso: la conciencia colectiva, armada como una ciencia de lo social, permitiría aliviarnos del peso de nuestra contingencia. El futuro humano es posible porque, bajo las citadas condiciones de conciencia y ciencia, los sujetos humanos guiarán el rumbo de la historia tomando en cuenta los determinantes materiales de la misma. Dicho así, se trata, evidentemente, de una supersimplificación. El pecado original, en esta versión también optimista, queda sobre todo ligado a los condicionantes materiales y a los *impasses* de la conciencia histórica, y la solución corre por cuenta de la capacidad de los sujetos humanos para sobreponerse y dirigir, consciente y científicamente, esos condicionantes y su propia organización social.

Tenemos, por consiguiente, en el socialismo histórico, un tomar en serio los obstáculos históricos que, desde la base material de las relaciones sociales, reflejándose en los tropiezos de la conciencia social, estarían dificultando, especialmente en las sociedades divididas en clases, la construcción consciente del bien común. *Cum grano salis*, tal vez pudiésemos ver en eso la peculiar teoría del pecado original del socialismo histórico. Sin embargo, su fuerte apuesta a la emergencia de la conciencia social, científicamente direccionable hacia metas colectivas, llevó a la mayoría de los intérpretes críticos a afirmar que, en el "socialismo", la confianza en el papel redentor de los hombres-sujetos de la historia era tanta que esto implicaba una total dispensa de Dios —por ende, un ateísmo—, además de ser un inaceptable menoscabo del pecado original. El hombre exaltado a sujeto histórico, entraba en conflicto con una determinada imagen de Dios.

En el capitalismo, por el contrario, no existe semejante soberbia de los suje-

tos históricos. Ellos son vistos —en una aceptación plena de la herida individualizada y subjetiva del pecado original— como manojos de pasiones e intereses. Esta situación es considerada como irremediable, de manera que no se tienen como confiables cualesquiera avances de la conciencia social con vistas a articular la realización del bien común en sociedades complejas. Se considera mucho más sabio reducir al mínimo las interpelaciones éticas a la conciencia. En su lugar, se adopta una solución más “humana”: confiar al interés propio y a los providenciales mecanismos del mercado la realización del bien común, por lo menos en sus aspectos esenciales. La filantropía suplementaria será bienvenida, ya que siempre habrá los que no se deciden a activar su interés propio. Como se ve, aquí se toma en serio un pecado original individualizado (no sus aspectos sociales), se desconfía de las conversiones como soporte de las metas sociales, y se tiene una fe-confianza firme en los dispositivos reguladores del mercado. ¿Quién podrá decir que existe ateísmo donde reina tanta confianza en una salida providencial? Rebajado el sujeto histórico humano, hay lugar para una determinada imagen de Dios. Lo importante es no dejar de preguntar: ¿qué Dios? Del dios negado de la planificación omnímoda, hasta Dios duda. Pero del dios afirmado del mercado irrestricto, ni Dios, ni nosotros dudamos. Está fuera de duda: es Moloc mismo.

Intermezzo irreverente sobre la conversión

Conviértase a su interés propio
 como opción fundamental.
 Explore el lado saludable
 de su pecado original.
 No se deje confundir jamás
 por otra opción preferencial.
 Hubo tiempos de un anuncio duro:
 —Conviértase a los otros.
 Este es el paso inicial,
 ésta es la pre-condición
 para que el amor exista en el mundo.
 En aquellos tiempos solamente hablaban
 de los lados ruines del pecado original:
 vicios a combatir,
 pasiones a superar,
 intereses a abandonar...
 ¡Cuánto desgaste inútil
 puliendo buenos propósitos...!
 Sólo los mendigos esperan el pan
 de la buena voluntad de los otros.
 Nuestras ventajas nacen únicamente
 de la ventaja propia de los otros.

¡Nuevos tiempos, nuevo evangelio!
 Convertirse es entregarse a las promesas
 de la mimesis competitiva.
 Mi deseo-imitación
 imita lo que los otros desean,
 imita a los que saben vencer,
 imita a los que conjugan
 con maestría
 el verbo tener.
 Asociemos los deseos imitantes
 en un mimetismo universal.
 Esta es la opción fundamental.
 Nadie prohíbe a nadie
 la conversión correctiva:
 la opción complementaria
 por *hobbies* caritativos...
 ¡Pero no renuncie jamás
 a su pecado original!
 ¡No salga de casa sin él!

3.2. El pecado original en la *Centesimus annus*

Ciertamente, todos se darán cuenta de que el poemita irónico tiene una doble finalidad: alertarnos sobre los peligros que la opción fundamental por la auto-regulación del mercado encierra para la esencia de la fe cristiana, y alertarnos también sobre la ingenuidad y la falta de realismo antropológico de los anhelos por construir sociedades complejas con base en generosidades sin límite. El texto del Papa, que transcribiré seguidamente, es muy ilustrativo de las dificultades para mantenerse en una perspectiva ponderada entre el mercado irrestricto y el centralismo planificador inmovilizante.

En el texto aparece claramente lo que se acepta y lo que se rechaza. Es el momento de aplicar la clave hermenéutica sugerida más atrás. ¿Los referenciales de adhesión y de rechazo se mueven en el mismo nivel de realidad? En su parte final, el texto emplea invectivas condenatorias (la ilusión peligrosa de los que pretenden traer el cielo a la tierra, la necesidad de aguantar la mezcla del bien y del mal, no requiere anticipar el juicio, etc.), que evocan metáforas clásicas de pensadores liberales y neoliberales (K. Popper, F. Hayek, M. Novak, etc.), cosa de la cual el Papa posiblemente ni se haya dado cuenta.

Diría que el texto, que no debe ser tomado aisladamente, admite diversas lecturas. No obstante, de todos modos es un lanzamiento bastante nuevo en términos de una teología del pecado original directamente relacionada con la economía.

Por otra parte, el hombre creado para la libertad lleva dentro de sí la herida del pecado original que lo empuja continuamente hacia el mal y hace que necesite la redención. Esta doctrina no sólo es *parte integrante de la revelación cristiana*, sino que tiene también un gran valor hermenéutico en cuanto ayuda a comprender la realidad humana. El hombre tiende hacia el bien, pero es también capaz del mal; puede trascender su interés inmediato y, sin embargo, permanece vinculado a él. El orden social será tanto más sólido cuanto más tenga en cuenta este hecho y no oponga el interés individual al de la sociedad en su conjunto, sino que busque más bien los modos de su fructuosa coordinación. De hecho, donde el interés individual es suprimido violentamente, queda sustituido por un oneroso y opresivo sistema de control burocrático que esteriliza toda iniciativa y creatividad. Cuando los hombres se creen en posesión del secreto de una organización social perfecta que haga imposible el mal, piensan también que pueden usar todos los medios, incluso la violencia o la mentira, para realizarla. La política se convierte entonces en una "religión secular", que cree ilusoriamente que puede construir el paraíso en este mundo. De ahí que cualquier sociedad política, que tiene su propia autonomía y sus propias leyes, nunca podrá confundirse con el reino de Dios. La parábola evangélica de la buena semilla y la cizaña (*cf.* Mt 13, 24-30; 36-43) nos enseña que corresponde solamente a Dios separar a los seguidores del reino y a los seguidores del maligno, y que este juicio tendrá lugar al final de los tiempos. Pretendiendo anticipar el juicio ya desde ahora, el hombre trata de suplantar a Dios y se opone a su paciencia (No. 25).

Conclusión

Dos observaciones finales, que tienen mucho que ver con la necesaria profundización de nuestra espiritualidad. Tenemos que reaprender, a cada paso, a convivir con las implicaciones de la contingencia humana en el plano socio histórico. Rechazar los ídolos que exigen víctimas y renunciar a los sacrificialismos, y, al mismo tiempo, discernir los dioses mezclados, soportar la durísima realidad de no poder eliminar, de una vez, las sacrificialidades idolátricas que crucifican el don de sí —¿cómo vivir y operativizar todo eso en la práctica?—. Pienso que es precisamente por eso que la opción preferencial por los pobres se impone como la referencia iluminadora, sin la cual no hay fidelidad serena posible. Es el humilde aprendizaje de la escucha del clamor de la Víctima-Jesús, y de las víctimas oprimidas, el que puede mantenernos en un esperanzado estado de *metánoia*.

La segunda observación amplía la primera. Tenemos que convivir con articulaciones complejas de la contingencia humana en las ambigüedades de la economía de mercado, luchando por la priorización inaplazable de las metas

sociales. Esto implica una relación profunda con el dolor y el placer. ¿Por qué? Porque el occidente, y en él el cristianismo, nunca hizo las paces, a fondo, con el sufrimiento y el placer. El capitalismo ocupó, a su manera, este vacío. En el occidente, el sufrimiento y el placer nunca fueron respetados en sí mismos. Fueron integrados en teorías finalistas: dolor-para y placer-para. El capitalismo es una fantástica revolución en estos temas. Invertió el sacrificialismo, silenciando e invalidando el clamor de las víctimas. Se propone como una teoría de la felicidad y del placer, manipulando los deseos humanos en su dimensión más profunda y moldeando los cuerpos. Preparó, así, el camino para la eclosión de ambiguas espiritualidades aleluyáticas. Es un conjunto temático extremadamente desafiador. Diría, en suma, que un cristianismo que no sepa asumir y deslindar esos desafíos, y una espiritualidad que no sepa trabajar positivamente el tema del placer, tiene pocas posibilidades para crear evangelios que ayuden a discernir el falaz evangelio de la "religión económica" del mercado.